

«Señoras, vengan ustedes, que se quiere salir de la cama... No la puedo sujetar. En cuanto sintió esta conversación, se levantó muy á prisa, diciendo que venía acá.

—¡Ah! Vamos á ver,—dijo Paz, entrando en la habitación.

—Empieza á delirar,—dijo Salomé, entrando también con Clara.»

Lázaro subió pensando en aquel nuevo misterio de la mujer santa.

CAPÍTULO XXXII

La Fontanilla.

No encontró á su tío, que aquel día no había parecido por la casa. Si hemos de verle nosotros, tenemos que dirigirnos al naciente club de *La Fontanilla*, donde el buen realista conversaba muy calurosamente con el Doctrino y con el otro joven llamado Aldama, de quien ya tenemos noticia.

Indiquemos la variación que había ocurrido en aquella casa. El poeta había volado. Por fin consiguió Carrascosa el objeto de sus afanes; la vizcaína se decidió á echar al poeta con todo su bagaje de Gracos, musas y ninfas clásicas. Pudo mucho en la conciencia de la jamona la opinión del vecindario, que se mostraba cada vez más explícito en cuanto á las supuestas relaciones entre la semidiosa y su cantor. Conjeturas podrían hacerse sobre la desaparición del joven, y hay indicios para creer que pocas horas antes de la partida estuvo la patrona hablando muy por lo bajo con su huésped.

Ausente el poeta y desocupado el parnasillo, don Gil trajo de la calle de las Urosas el baúl, que contenía sus tres casacas, su peluca del tiempo de Esquilache, sus cuatro camisas con chorrera, su capa y su espada enmohecido; y se instaló donde había estado el autor de *Los Gracos*. Colgó en la pared un cuadro de familia que representaba las postrimerias del hombre en diabólicas y extravagantes alegorías, y allí quedó, huésped de su adorada. Creemos oportuno advertir que la causa de la afición

de don Gil á la vizcaína era que él tenía conocimiento, por papeles que tuvo ocasión de ver mientras fué covachuelista, de un derecho á ciertas tierras y casas de labor en Onate, el cual había recaído en aquella doña Leoncía sin que ella misma lo supiera. El abate pensaba realizar un buen negocio, ya haciéndose por cualquier medio poseedor del derecho, ya pleiteando por cuenta de ella, con esperanza de sacar un buen bocado. Su hambre era tanta como su ingenio, razón por la cual había probabilidad de que saliera adelante con su empresa. Dejémosle allá dedicado á la ardua tarea de conquistar á la semidiosa, y asistamos á la sesión de *La Fontanilla*.

El Doctrino decía á Coletilla:

«Mucho me temo que eso no salga bien: yo cuento con gente decidida; pero el golpe es demasiado terrible, amigo don Elías, y temo que se alborote la opinión pública.

—Si ya la opinión pública se ha presentado contra ellos; si les señala con execración—observó Elías con mucha vehemencia.—Parece que no conoce usted al pueblo. ¿No ve usted cómo están *La Fontana*, *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *Los Comuneros*? ¿No ve usted cómo los liberales exaltados truenan contra los que llaman tibios, es decir, contra los que apoyan al Gobierno y forman la mayoría llamada *sensata* en las Cortes? Pues bien: el pueblo está furioso contra esos tibios; ya usted sabe cómo se ha logrado encender esa ira. El pueblo está pidiendo su destrucción, porque cree que es el mejor medio de conseguir la libertad. Cumplamos la voluntad del pueblo.»

Indescriptibles son el sarcasmo y la diabólica malicia con que Coletilla pronunciaba estas palabras. Ya comprenderá el lector la marcha que llevaban los planes de aquel viejo demonio del absolutismo. El caminaba seguro hacia su fin: la paciencia, la constancia, la reflexión madura, la astuta discreción le guiaba; era hombre hábil y con facultad portentosa para idear y poner en práctica proyectos como el que le vemos desarrollar ahora.

«Bien—contestó el Doctrino.—yo convego en que es preciso hacer eso que usted dice, y ver el modo de que el pueblo bajo satisfaga su sangriento deseo. El no sabe lo que quiere ni por qué le quiere. Ha adquirido por distintos medios esas ideas, y es preciso llevarle á su realización. Pero me parece que aun no es tiempo, señor don Elías. Los hombres señalados para víctimas conservan aun mucho prestigio. El pueblo no les quiere, es cierto; porque al pueblo se le ha extraviado y se le ha engañado;

pero tienen apoyo en la clase media y en una parte de la aristocracia. Creo que no ha llegado aún el golpe de mano que usted viene preparando.

—¿Qué niño es usted!—dijo el realista;—¿qué importa que esa gente tenga algún prestigio? ¿Y no significa nada el apoyo de aquella persona tan alta... de aquel que todo lo puede?...

—Del Rey, dígalo usted de una vez.

—Ya sabe usted cuál es el pensamiento del Rey. Ante el público, ante la Europa, esos hombres son sus amigos; algunos son sus ministros, otros son sus consejeros de Estado, otros los diputados que apoyan sus decretos en las Cortes. Aparentemente el Rey les ama; pero en realidad les odia, les detesta. Por ellos se entroniza el sistema constitucional; ellos dan fuerza al liberalismo. Ya veis cómo, para acabar con el liberalismo, hay que acabar con ellos.»

Esto lo dijo con una resolución tan cínica y tan descarada veracidad, que el mismo Doctrino, que era un infame, sintió cierta repugnancia.

«Pues bien—continuó Coletilla:—toda la execración del atentado caerá sobre los liberales exaltados, que son los que lo perpetraron; el golpe va a herir directamente al liberalismo. Se verá que el liberalismo se mata a sí mismo; que los más exaltados de sus secuaces devoran a los más prudentes. ¿Qué ha de hacer la Patria aterrada en presencia de este horror? Renegar del liberalismo, facilitar el santo propósito del Rey de restablecer el antiguo sistema. El golpe está muy bien preparado; una parte de los liberales arde en deseos de aniquilar a la otra parte. El suicidio del liberalismo es inminente. Favorezcámoslo, impulsémoslo. Tal vez mañana será tarde; tal vez, si nos detenemos, puede verificarse una reconciliación, y entonces...»

—Reconciliación no; eso es imposible—dijo el Doctrino preocupado.—Los exaltados de la *Fontana* y de los otros clubs han llegado ya a un estado de intransigencia tal... Al pueblo se le ha predicado mucha doctrina de intolerancia y de exterminio para que se detenga en su aspiración. No hay remedio: esos que se oponen en las Cortes y en los clubs a las exageraciones de la libertad, van a ser atropellados por ella. No es posible reconciliación; por lo mismo creo que debe y puede esperarse un poco a ver si esos hombres pierden de una vez la poca popularidad que les queda.

—Esas cosas se han de hacer con decisión; si no, no se

hacen—dijo Elías.—Veo que usted no ha nacido para los golpes de circunstancias. Yo creo que esta semana debe verificarse el desenlace de mi plan, y lo tendrá, aunque usted no quiera ayudarme.

—Ayudarle a usted, eso sí. Hemos hecho un pacto: usted es el que ha de mandar. Aunque disintamos en un punto, no por eso nos separaremos. Yo obedezco, y la responsabilidad del éxito cae sobre mí. Pero en la desgracia, usted no me ha de abandonar: así lo hemos pactado.

—Eso no: respecto a lo que he dicho a usted, no hay que insistir. Tendrá lo que desea, más aún.

—Pues no espero más que las órdenes de usted.

—Es indudable—dijo Elías, después de una pausa,—que ellos se han propuesto marchar de acuerdo y destruir las pequeñas diferencias que entre ellos había. Martínez de la Rosa y Toreno se dan la mano con el ministro Feliú y con el mismo Argüelles.

—¿Y qué?

—Que eso es lo que conviene a nuestro plan.

—Excepto Argüelles, todos son muy odiados del pueblo, y no creo que exista hombre alguno a quien más aborrezcan los exaltados que el ministro Feliú.

—Pues bien—dijo Coletilla:—yo estoy seguro, seguramente de que esos que he nombrado, y además Valdés, Alava, García Herreros, el poeta Quintana, el consejero de Estado Bozmediano y otros, se reúnen, no sé si de día ó de noche, con todos los ministros y algunos generales. Sin duda tienen algún proyecto entre manos; algún complot, quién sabe si contra el Rey.

—¿Y no sabe usted dónde se reúnen?

—No lo sé; estoy rabiaando por averiguarlo. Figúrese usted qué ocasión. Precisamente son los que... Le diré a usted cómo he sabido que esos pájaros se reúnen algunas noches, no sé si todas las noches. Hace algunos días estaba Feliú en el cuarto del Rey. No había consejo; estaba el conde de T. contando chascarrillos. El Rey se reía mucho, y el ministro también para que no le acusaran de irreverente. Después Su Majestad dijo que quería ver el decreto de la beneficencia que Feliú tenía preparado, porque estaba delante el obispo de León, y el Rey quería mostrárselo. Sacó del bolsillo su excelencia el manuscrito, y al mismo tiempo se le cayó un papel muy pequeño, sobre el cual Su Majestad, que es más ladino que Merlín, puso inmediatamente el pie. El ministro notó la caída del papel, pero no se dió por entendido. Leyó su decreto, dijo el prelado que no le gustaba, y el Rey que estaba compla-

cidísimo. Grande era su curiosidad por saber si aquel papel decía algo interesante, y apresuró la despedida del ministro. Quedóse solo y que llamó; juntos leímos el papel, que decía: *A las diez; van por fin Argüelles y Calatrava. No falte usted.*

Esto nos aumentó la curiosidad. Mandamos á las diez á una persona que fuera á espiar la salida del ministro de su casa para observar dónde iba. Pero Feliú no salió; tampoco salieron de las suyas Argüelles ni Calatrava, y fué que el maldito, como notó que Su Majestad había puesto el pie sobre el papel, quiso desorientarle y no fué á la cita, avisando á tiempo á Argüelles y á Calatrava para que no fueran tampoco.

—¿Y después no ha tratado usted de averiguar?

—Sí; á la noche siguiente fué una persona á casa de Feliú á preguntar por él, y le dijeron que no estaba. Quedóse por aquellos alrededores; pero no le vió entrar ni salir en toda la noche. Yo sospechaba que Torenó, Martínez de la Rosa, Valdés, Alava y Bozmediano entraban en aquel cotarro, y después de las diez mandé á sus casas personas que preguntaran por ellos con cualquier pretexto; ninguno estaba. He sabido que Quintana, que va al Príncipe con frecuencia, ha salido antes de las diez; he sabido que Bozmediano y su hijo, que asistían á la tertulia del marqués de las Amarillas, se marchaban á eso de las diez los tres juntos. Esto se ha repetido varias noches.

—¿Y no se les sigue para saber dónde van?

—Sí; y se ha observado que cada uno entra en su casa; esto lo hacen para desorientar al que los sigue. Algunas noches se les ha visto dirigirse á otros sitios; pero nunca se ha notado que todos vayan á uno mismo. Pero ya lo averiguaremos, descuide usted.

—Pues si esa reunión es cierta—dijo el Doctrino,—es un complot sin duda: ¿qué ocasión!

—¿Y quería usted dejarla pasar! Es preciso que esa gente aparezca á los ojos del pueblo como urdiendo un plan de golpe de Estado contra la Constitución. El pueblo es fácil de engañar.

—El pueblo creerá eso y todo lo que sea preciso.

—Vamos, ¿y qué ha hecho usted esta mañana?—preguntó Coletilla.—¿Ha hablado usted á los de *Lorencini*?

—Estamos de acuerdo.

—Y los *Comuneros*, ¿se deciden á marchar con ustedes?

—Ya vió usted lo que dijo el otro día el jefe de los exaltados allí. Estamos convenidos.

—Bien,—dijo Elias.

—Grandes turbas de gente, obedecen ciegamente nuestro mandato. Eso bueno tienen las ideas exaltadas; que es muy fácil llevar al pueblo al terreno de los hechos, incitándole con ellas. El pueblo se deja llevar, y le gusta que le lleven.

—¡Bendita la nación!—dijo Elias con una mirada igual á la del demonio cuando tentó á Jesús;—bendita la nación que tiene un pueblo tan impresionable y dócil, porque si bien puede extraviarse, puede servir también de instrumento para volver al buen camino, y luego con un sistema de represión el pueblo no volverá á ser impresionado por nadie.

Apenas había pronunciado Coletilla estos terribles aforismos, cuando se sintió ruido en la escalera. Eran algunos jóvenes socios del club naciente.

«Escóndase usted ahí—dijo el Doctrino á Coletilla.—Estos no le han de ver.»

Escondióse el realista en una alcoba inmediata, y entraron Alfonso Núñez, Cabanillas y otro que hasta hoy no conocemos, y era Juan Piaila, gran orador de los *Comuneros*, apóstol de las ideas más disolventes y extravagantes. Estaba ya en autos con el Doctrino; ambos servían á Coletilla mediante respetables sumas y la promesa, solemnemente asegurada, de un destino en las Intendencias de Cuba ó Filipinas. Otros muchos entraban en el infame complot, y entre ellos una gran parte sin interés, guiados sólo por patriotismo mal entendido, por la ignorancia ó la ambición. Estos eran los más desdichados.

«¿Qué hay?—dijo Núñez.—¿Te has convencido ya de que esto no puede retardarse? Mañana será tarde. He tenido ocasión de ver cómo están los ánimos perfectamente preparados para nuestro objeto. Los ministros, los diputados de la fracción *sensata*, son detestados: la tempestad ruga sobre sus cabezas. Hay que hacerla estallar. Salvamos la libertad, ¿sí ó no?

—La salvamos—dijo el Doctrino.—Cuando contamos nuestras filas y vemos que la mayoría de España está con nosotros, ¿no hemos de tener confianza?

—Eso mismo digo yo,—manifestó Aldama, que en presencia de Coletilla no hablaba nunca; pero sabía recobrar, cuando él no estaba, el uso de su muletilla.

—¿No ha venido Lázaro?—preguntó el Doctrino á Alfonso.

—No estaba en su casa. Tal vez venga más tarde.

—Esta noche vendrá Jorge Bessières, el gran republi-

cano francés,—dijo Juan Pinilla, comunero y republicano.»

Era Pinilla un hombre de gran talla, casi tan corpulento como el barbero Calleja, pero de más claridad en la mollera. Abogado sin pleitos, más por la violencia e informalidad de su carácter, que por falta de talento; era gran terrorista, y su mayor afán era desempeñar el papel de acusador el día en que la Junta de salud pública decretara el exterminio de una gran porción de ciudadanos, empezando por el Rey. Fernando estaba ya sentenciado en los papeles de Pinilla, con otros menos dignos que él de la guillotina. Poco después de este furibundo demagogo, otro personaje entró en escena.

«¿Quién será?—dijo el Doctrino sintiendo los pasos.

—Apuesto á que es el mismo Lobo en persona.»

Un hombre alto, flaco y vestido de negro entró en la habitación. Era don Julián Lobo, célebre republicano que después fué faccioso y uno de los más sanguinarios chacales del absolutismo. No [es fácil decir si en la época en que lo presentamos era verdadero demagogo ó simplemente un absolutista disfrazado, como otros muchos. Lo cierto es que hacia alarde de las más exageradas opiniones, y sus discursos, pronunciados en *Lorencini*, eran elocuentes y fanáticos. Conspiró mucho con los liberales exaltados contra el gobierno Feliú, y después contra el gobierno de Martínez de la Rosa. Hay quien asegura que tomó parte en las primeras facciones con Misas y el Trapense, y es indudable que al fin de los tres años constitucionales se presentó descaradamente con una partida en Moncayo, donde hizo estragos. Entronizado de nuevo el absolutismo, se ordenó de mayores (ya lo era de menores antes de 1824); obtuvo el arcidiacono de Ciudad-Rodrigo con asiento en el coro de Salamanca, y lo disfrutó muchos años.

«Señores,—dijo con mucha solemnidad,—albricias: la *Fontana* es nuestra.

—¿Qué hay? Cuente usted,—dijeron todos con gran interés.

—Que nos han dejado libre el campo. Los últimos que quedaban del partido *tibio* se han marchado, viendo que la opinión se va tras nosotros. Anoche le han dado una silba horrible. Han acordado marcharse todos, y el amo del café, Grippini, ha venido á decirme que si queremos continuar nosotros las sesiones...

—¿Pues no hemos de continuar? Esta noche misma,—dijo Alfonso con entusiasmo.

—Bien por la *Fontana*. La *Fontana* es nuestra,—gritó el Doctrino.

—Lo mismo ha pasado en *Lorencini*. Se han marchado esos señores con su *orden* y su *cordura*.

—El campo es nuestro. Convocar á la gente para esta noche.

—¡Todo el mundo á la *Fontana*!

—Á la *Fontana*, á las diez.»

En la sesión preparatoria de la *Fontanilla* no ocurrió nada de notable. Los principales cabecillas del complot se dieron cita para una conferencia secreta que tendría lugar aquella noche en el salón interior de la *Fontana*, á las nueve, y se despidieron para retirarse, quedando allí Aldama y el Doctrino. Cuando se vieron solos, llamaron á Elias que apareció con cara de júbilo, la cual en aquel hombre era la cara más diabólica y repulsiva del mundo.

«¿Qué le parece á usted,—dijo el Doctrino.

—Bien, bien.

—Vamos á echar un trago,—añadió el joven, tomando de manos de Aldama una botella que éste había sacado, no sabemos de dónde, al desaparecer los compañeros.

—Yo no bebo, no—dijo Elias tomando la botella y echando vino en el vaso de los otros dos.—Yo no bebo.

—Esta noche en la *Fontana*. ¿Va usted?

—Sí, iré... pues no—respondió Coletilla con mucha ironía.—Yo también soy liberal.»

CAPÍTULO XXXIII

Las arpias se ponen tristes.

Mucho le asombró á Lázaro lo que pasó en la casa de la calle de Belén el día después de su excursión á la plazuela de Aflijidos, que fué el día mismo de la sesión que hemos referido. Serían las tres de la tarde cuando entró su tío; las dos arpias se abalanzaron hacia él, y con la hiel propia de sus caracteres emponzoñados, le dijeron, disputándose á cuál hablaba primero:

«¡Ah, señor don Elias: no sabe usted lo incomodadas que nos tiene este mozalbetel! ¿No sabe usted á qué hora entró anoche? ¿Lo creerá usted? ¡A las doce!... ¡Qué es-

cándalo! ¡En una casa como ésta, en una casa de paz, de decoro, de virtudes! A las doce entró este caballero, que sin duda pasó la noche en alguno de esos *clubes*, como dicen, alborotando y aprendiendo todas esas herejías que andan ahora por ahí. ¿Qué le parece a usted? ¿Pero no se irrita usted, señor don Elías? Y lo peor es que entró haciendo un ruido con esos taconazos... y dando unas voces... Porque como está Paulita tan mala, es el caso que se alteró con el ruido y quiso salirse de la cama. ¡Ay, qué hombre! Crea usted que ya nos tiene consumidas su sobrinita, señor don Elías, y es preciso que tome usted una determinación, porque esta casa... ya ve usted... esta casa...

Todo lo dijo casi en su totalidad Paz, aunque a Salomé pertenecieron algunas palabras. Pero viendo las dos que la filípica no hacía efecto ninguno en Coletilla (y esto era lo que asombraba a Lázaro), tomó la palabra Salomé sola para decir:

«Y no sabe usted que este... joven es de los más mal educados que he visto? Pues el otro día estuvimos en casa de don Silvestre Entrambasaguas, y se portó tan groseramente que nos dió vergüenza de ir en su compañía. Luego por la calle andaba con unas carreras... En fin, si usted no se decide a sacarlo de los *clubes*...»

(Advertimos, para que el lector no extrañe la singularidad de este plural, que la dama, para explicarla, aseguraba que no decía *clubs*, por lo mismo que no decía *candils* ni *fusils*, en lo cual no andaba del todo descaminada.)

Lázaro sintió impulsos de agarrar por el moño a uno y otro basilisco, y dar allí un ejemplo del vejamea que podía sufrir la aristocracia histórica en la ilustre familia de los Porreños; pero su indignación se calmó al observar que su tío, lejos de escuchar con ira aquellas acusaciones, se sonrió, y pasándole la mano por el hombro casi cariñosamente, si es permitido usar esta palabra, dijo:

«No se incomoden ustedes por tan poca cosa. Si llegó tarde, fué sin duda porque tuvo alguna ocupación: eso no tiene nada de particular. Lázaro se porta bien: yo se lo aseguro a ustedes.

—¡Jesús, señor don Elías!—exclamó Salomé como si oyera una obscenidad.—¡Jesús, señor don Elías: yo esperaba de usted algún miramiento para con nosotras!

—Pero, señoras, digo tan sólo que si mi sobrino llegó tarde, fué porque tuvo algo que hacer.

—No esperaba yo de usted semejantes palabras,—indi-

có Paz, poniendo los ojos, la boca y la nariz en la misma disposición compungida que si fuera a llorar.

—No sé en qué podemos nosotras haber faltado—observó Salomé, poniéndose verde y haciendo también un gran esfuerzo para hacer creer que si no lloraba era por no faltar a las conveniencias sociales.—No sé en qué podemos nosotras haber faltado para que usted nos diga eso.

—Como está una en desgracia...—murmuró Paz bajando la cara para que se creyera que devoraba una humillación.

—Pero, señoras—dijo Coletilla con mucha seriedad,—yo no he agraviado a ustedes; he disculpado a mi sobrino solamente...

—Como está una en desgracia...—añadió la dama continuando la queja interrumpida,—ya no se nos guardan ciertas consideraciones, y se nos desmiente cuando afirmamos una cosa.

—¡Yo, señoras mías!—balbució Elías.

—En otro tiempo—dijo Salomé, respirando fuerte y acumulando en la mirada todo el desdén de su carácter,—en otro tiempo no pasaba así. Cada persona se mantenía en su lugar, y el que estaba obligado a acatarlos, no llegaba nunca hasta nosotros sino con el mayor respeto y cortesía. Hoy todo ha cambiado.

—¡Hoy todo ha cambiado! ¡Cómo ha de ser!—exclamó Paz, que después de incalculables esfuerzos consiguió su objeto, el cual consistía en que una lagrimita rodara por sus mejillas atomatadas.

—Adiós, señor don Elías,—dijo Salomé, hecha un veneno porque el realista no se arrodilló a sus plantas como esperaba.

—Adiós, señor don Elías,—repitió Paz, viendo que su lagrimita no ablandaba el duro corazón del antiguo mayordomo.

—Pero vengan ustedes acá, señoras...»

Las dos volvieron rápidamente.

«Yo estoy confuso; no sé por qué toman ustedes ese tono. No sé en qué puedo haberlas ofendido. ¿Qué he dicho?»

—Ha dicho usted lo que no quiero recordar,—dijo Paz, limpiándose la consabida.

—Ha dicho usted que su sobrino se enmendará. ¡Oh! no puedo creer que usted...—exclamó Salomé.

—Adiós, señor don Elías.

—Adiós, señor don Elías.»

Se fueron. El fanático volvió pronto de su estupor, y

después, dando poca importancia á aquel asunto, se dirigió á su sobrino y dijo:

«Vamos, Lázaro: esta noche se reúnen tus amigos en la *Fontana*. Hay gran sesión: no faltes. Yo no me opongo á que cada cual manifieste sus opiniones; tú tienes las tuyas: yo las respeto. Sé que tienes talento y quiero que te conozcan. Ve á la *Fontana*, ve esta noche.»

Lázaro se quedó absorto, y apenas creía que lo dijera aquello el hombre intransigente que tantas recriminaciones le había hecho por sus ideas liberales; pero acostumbrado ya á las cosas raras é inverosímiles, no se preocupó mucho.

Llegó la hora de comer, y la santa ceremonia del pan de cada día fué tan silenciosa, que aquella casa parecía de duelo. Baste decir que á Salomé se le olvidó pasarle los garbanzos á Lázaro, y que éste, por no dar lugar á un nuevo conflicto, ni los pidió ni los tomó. Tampoco en la ración del realista estuvo muy pródiga doña Paz, pues se le olvidó ponerle carne, en lo cual aquel grande hombre, que sólo vivía de espíritu, no hizo alto. La otra vieja hizo cuanto en ser humano cabe para dar á entender que no tenía apetito; pero de todos los medios que se conocen para probar tal cosa, dejó de emplear el mejor, que es no comer. A tanto no llegaron sus esfuerzos. Paz dió algunos suspiros entre bocado y bocado. El único suceso importante que turbó la calma de aquella comida melancólica y callada, fué una ligera disputa suscitada entre los dos arpias, porque Salomé decía que el estofado se quemó por culpa de Paz, y ésta aseguraba lo contrario. Al concluir, Elías dió tregua á sus meditaciones para preguntar:

«Pero ¿no está mejor doña Paulita? ¡Bah! supongo que no será nada.»

Salomé se apresuró á llevar á la boca una uva, que tenía entre sus delicados dedos, para poder decir:

«¿Que no será nada? Crea usted que está bastante grave.»

Al decir esto, los movimientos de la delgada piel y los huesos angulosos de su gáznate indicaron que la uva había pasado.

«¿Pero es cosa de gravedad?—dijo Elías.

—¿Qué, tanto le interesa á usted?—preguntó con mucha hinchazón María de la Paz, que sentía renacer en sí todas las fuerzas de su antigua habilidosa elocuencia de salón.

—¿Pues no me ha de interesar?—dijo Elías sintiendo

herido su amor propio de mayordomo.—Pero voy, si ustedes me permiten, á verla.

—No puede usted ahora, porque está durmiendo.

—La va usted á molestar.»

Las dos se sonrieron satisfechas de la humillación que creían arrojar sobre Elías, retirándole momentáneamente su confianza.

«Pues si no puede ser, me retiro.

—Vaya usted con Dios.

—Si se ofrece algo, señoras...—dijo el realista.»

Y contra lo que ellas esperaban, el realista se marchó, dejándolas muy contrariadas.

«¡Ay!—exclamó Salomé,—¿será posible?

—¿Qué?—dijo Paz alarmada.

—Que las ideas del día hayan también...

—¿Será posible?...

—¡También él!...»

El ámbito del comedor resonó con la vibración de dos suspiros que eran dos poemas. Pero ningún suceso grave resultó de aquel singular estado de sus caracteres, á no ser que quiera considerarse como tal el gran puntapié que se llevó el perrito Batilo sin motivo serio que lo explicara.

CAPÍTULO XXXIV

El complot.—Triunfo de Lázaro.

Lázaro no pudo tampoco aquel día encontrar á Bozmediano. Su deseo de hablarle, de pedirle cuenta de su infamia, de demostrarle la lealtad de su conducta y de castigarle sin lástima ninguna, aumentaba á cada hora. Buscóle con afán, porque ciertos agravios dan una paciencia y una tenacidad que las más grandes empresas inspiran rara vez al hombre.

En la casa le decían constantemente que no estaba; paseaba de largo á largo la calle sin verle aparecer; llegó la noche, y á eso de las diez vió salir á las mismas tres personas de la noche anterior. Eran ellos. Bozmediano, padre ó hijo, y el otro militar salieron por una puerta que se abría á un callejón obscuro, y se encaminaron á la plazuela de Aflijidos, dando un gran rodeo. Apostóse el joven

otra vez detrás de la esquina de la calle de las Negras, y les vió entrar en la propia casa. Al poco rato entró otra persona, después tres, después dos; en fin, los mismos de la noche anterior. Reflexionando entonces Lázaro que su grande objeto, hablar y confundir á Bozmediano, no lo podía conseguir, viendo entrar desconocidos en una casa desconocida, se retiró, dirigiéndose á la *Fontana* para asistir á la gran sesión de que su tío le había hablado.

Desde el anochecer estaban en el café de la Carrera de San Jerónimo el Doctrino, Pinilla, Aldama y otros dos individuos de los que más trato tenían con el bolsillo del intendente revolucionario Elias Orejon.

«No hay otro medio mejor que el que Coletilla nos ha propuesto—decía el Doctrino.—Indudablemente ese zorro tiene talento.

—Pero es preciso tomar antes buenas medidas—indicó Pinilla,—porque esos golpes, si salen mal, son terribles... Escojamos buena gente, y que todos nos sigan y vayan al mismo objeto sin decir nada hasta no estar sobre ellos. Que sólo sepan la verdad del objeto treinta ó cuarenta hombres probados.

—Eso ha de ser así: yo respondo de ello.

—Ellos también parece que ven venir la lucha y se preparan para la defensa. Hoy lo dijo Toreno en las Cortes—observó Pinilla.—Pero les va á ser difícil escapar. El pueblo está irritado contra ellos; el pueblo quiere libertad, y ha de atropellar á los que intentan no permitirle llegar hasta el fin.

—La gran dificultad consiste en no poderles coger reunidos en un solo punto. Lo bueno sería invadir el Congreso; pero el de la casa grande no quiere tal cosa. Hay que ir cazándoles guarida por guarida, y esto hace más difícil y complicado el asunto... Pero concretemos. En resumen, ¿qué es lo que se debe hacer?

—La cuestión es muy sencilla—dijo el Doctrino, echándose atrás el sombrero y bajando la voz.—Todo se reduce á lo siguiente: Hay un partido, unos cuantos hombres que se llaman liberales sensatos, que predicán el orden y el respeto á las leyes. Todo esto es muy bueno. Pero el pueblo ha cobrado gran odio á esa gente, que es, según cree el Rey, el apoyo de la Constitución. El pueblo ha llegado tras largas sugerencias á desear vivamente, con razón ó sin ella, la... desaparición de esos hombres. Bien: conduzcamos al pueblo al logro de su deseo. El pueblo lo quiere, cúmplase la voluntad nacional.»

Después de estas irrisorias y diabólicas palabras, él

Doctrino se detuvo para leer el efecto de su exposición en las caras de los oyentes.

«Bien—continuo—hay veinte ó treinta hombres señalados ya en la opinión como víctimas.

—¿Cómo víctimas?—interrumpió Pinilla.

—Sí, ha de haber un atropello. Hasta dónde llegará este atropello, es lo que no puedo decir á ustedes. Ya sabemos lo que es este pueblo.

—¿Pero ese atropello parará en una matanza?—preguntó uno de los dos desconocidos.

—Eso es lo que no sé. Atropello ha de haber. Las personas que lo han de sufrir están aquí apuntadas en mi cartera. No son sólo los ministros.

—Y después, ¿qué pasará?—dijo el otro.—Verificado el hecho (y supongo que llegue al último extremo, á un sacrificio horrible), ¿qué tendremos? Se apoderará del poder el partido exaltado; tendremos un periodo de dictadura, de terror y represalias espantosas. ¿A dónde iremos á parar? A la anarquía más horrible.

—No importa—dijo el Doctrino.—El Rey cuenta con eso, y lo desea. De esa anarquía ha de salir triunfante un absolutismo, que es su objeto. Y lo conseguirá; eso es indudable.

—¿Y contra quiénes se dirige el motin?

—Contra muchos: ya conocéis quiénes son. Los políticos que se llaman de talla, los que guían la marcha de las Cortes, los influyentes. No se olvidará al presuntuoso Arguilles ni al célebre, más que célebre, Calatrava.

—Hombre, sentiría que se escapara el bueno del consejero Bozmediano, que tuvo la desfachatez de decir en las Cortes que si el Gobierno no tenía á raya á los exaltados, peligraba la libertad y la Patria.

—¿Cómo se había de escapar ese pez? Ese es de los primeros. Pues si es el que inspira al Gobierno... ¿Quién clama todos los días porque se cierren los clubs? El. ¿Quién es el autor de aquellos decretos sobre imprenta? El. ¿Quién indujo al Gobierno á la destitución de Riego? El.

—¡Pues no digo nada de su hijo el señor don Claudio Bozmediano, que al principio era socio de la *Fontana*!—dijo uno de los desconocidos.

—¡Oh!—exclamó vivamente el señor Pinilla, como si sintiera una herida en el corazón.—¿Ese perro había de escapar? Le odio, le detesto, no le tendría compasión aunque le viera asado en parrillas. Sólo por acabar con ese condenado, entraría yo en la conspiración.

—¿Pues qué te ha pasado con él?—le preguntaron.
 —¿Qué me ha pasado?—dijo Pinilla, livido de cólera.—
 Hace algún tiempo iba ese señor a *Lorencini*. Una noche
 hablaba yo en contra del absolutismo y de los frailes: to-
 dos me aplaudían, y él también. Después dije no sé qué
 cosa contra los militares: él calló; pero al concluir mi dis-
 curso vino a hablar conmigo y me expresó con algunas
 palabras su disgusto. Yo no esperé más: hacía tiempo que
 me cargaba aquel hombre, le tenía ojeriza sin saber por
 qué; le dije que me importaba poco su opinión. Me con-
 testó, le contesté yo más fuerte, hasta que al fin, de pala-
 bra en palabra, le dije cierta cosa, sabida de todo el mun-
 do, respecto a su madre, que fue muy levantada de cas-
 cos. El no esperó más, y de repente... no lo puedo contar,
 porque se me sube toda la sangre al rostro. El puso su
 pesada mano en mi cara, y la imprimió con tal fuerza,
 que desde entonces la siento siempre aquí... aquí... que-
 mándome como un hierro candente. Reñimos: él es mu-
 cho más fuerte que yo, y me venció. Después nos desa-
 fiamos, y me hirió; he vuelto a tener otro altercado con
 él, y me volvió á... En fin, le odio de muerte. Uno de los
 dos tiene que destruir al otro: no hay remedio.

—Pues no escapará, ni su padre tampoco.
 —Lo mismo digo yo,—exclamó Aldama, que estaba
 muy pesaroso porque el amo del café no le había querido
 fiar una botella de Málaga.

—Chitón, que viene alguien. ¿Quién es? ¡Ah! Lázaro.»
 Lázaro entró y saludó a su amigo.

«Buenas noches, buena pieza—le dijo el Doctrino.—Ya
 estamos otra vez en la *Fontana*; ya somos dueños del
 club, de nuestro club; ya se fué aquella horda de necios.
 Esta noche hablará usted y será aplaudido. Sabrán apre-
 ciar lo que usted vale.

—¡Ah! yo no hablo más,—replicó Lázaro con cierta
 amargura, porque se había llegado a convencer de que no
 había nacido para la tribuna.

—Mire usted—dijo Pinilla al Doctrino, continuando la
 conversación interrumpida,—ese Bozmediano es además
 un hombre inmoral, de detestable conducta; un liberti-
 no, como lo fué su padre, escándalo de la corte de Car-
 los III.»

Lázaro prestó mucha atención.

«No se ocupa más que en seducir muchachas. ¡Cuántas
 familias son hoy desgraciadas á causa de sus hazañas!
 ¡Oh! los bandidos de esta clase deben ser quitados de en-
 tre los hombres.

—Hablan ustedes de una persona que me ocupa mucho
 en estos momentos—dijo Lázaro.—¿Usted le conoce? ¿Us-
 ted sabe cuáles son los hábitos de ese malvado?

—¿Pues no lo he de saber?—manifestó Pinilla.

—Yo le he buscado ayer—dijo Lázaro;—le he buscado
 hoy sin poderle encontrar, porque tengo que ajustar cier-
 tas cuentas con él. Yo le encontrare, aunque tenga que
 andar toda la tierra.

—Cuidado, joven, que ese maldecido maneja bien las
 armas. Tiene una mano admirable.

—No me importa: ya nos arreglaremos.

—¿Y le ha buscado usted?

—Sí: no le he podido encontrar; es decir, si le he en-
 contrado, le he visto; pero no en disposición de hablar
 con él. Iba con dos más, al parecer á una reunión secre-
 ta, á que concurrían otros hombres, que aparecían suce-
 sivamente y entraban en una casa.

—¿Dónde?—preguntó con vivo interés el Doctrino.

—En una plazuela; según después he averiguado, se lla-
 ma de Aflijidos.

—¿En la plazuela de Aflijidos?—dijo el otro con asom-
 bro.—Es en la casa de Alava... ¿Y eran muchos? ¿A qué
 hora?»

Lázaro contó detenidamente todo lo que había visto en
 la citada plazuela dos noches seguidas y á la misma hora.

«No necesito más,—dijo el Doctrino al oído de Pinilla.

Esto pasaba en una pequeña sala interior de la *Fonta-
 na*, donde el amo tenía algunos centenares de botellas
 vacías, y dos ó tres barriles, vacíos también, con gran
 sentimiento de Curro Aldama. Cuando Lázaro concluyó
 su relato, se sintió el ruido de aplausos y las voces entu-
 siastas que resonaban en el recinto del café. Hablaba con
 mucha elocuencia Alfonso Núñez. Más de doscientos jó-
 venes exaltados, lleno el espíritu de pasión expansiva, le
 aplaudían con entusiasmo. El joven orador comunicaba
 su indiscreta fe á aquella masa de juventud inocente y
 sonadora, cuando cuatro infames, á dos pasos de allí,
 preparaban un sangriento desastre. Estas iniquidades,
 proyectadas por pocos y llevadas á cabo por muchos con
 la sencillez propia de las turbas engañadas, son muy fre-
 cuentes en las revoluciones. El gentío obra á veces obe-
 deciendo á una sola de sus voces, cualesquiera que sea:
 se mueve todo á impulso de uno solo de sus miembros
 por una solidaridad fatal.

La *Fontana* estaba aquella noche elocuente, ciega, gran-
 de en su desvario. Iba á perpetrar un crimen sin cono-

erlo. Su elocuencia era la justificación prematura de un hecho sangriento; y para el que conocía su próxima realización, las galas de aquella oratoria juvenil eran espantosas y sombrías.

Lázaro entró en el café: aun no se atrevió, aunque tenía la persuasión de ser recibido con benevolencia, a presentarse en el centro del club. Se quedó en un rincón, dispuesto a ser simple espectador; pero algunos pidieron que hablara; Alfonso le empujó hacia la tribuna; el mismo dueño del café se lo suplicó con insistencia, y la mayor parte de la juventud, que formaba el público, le aplaudió, tributándole una ovación anticipada. No pudo eximirse: se resolvió á hablar, subió á la tribuna y empezó. Felizmente no le aconteció aquella vez lo que en la desgraciada noche de su llegada; no perdió la serenidad al encararse con las mil cabezas del público y ver abierto ante sí el abismo de tanta atención, expresada en tantos ojos. Sin dificultad ninguna encontró el asunto de su discurso, y desde las primeras frases vió desarrollarse ante su imaginación en serie muy clara todas las ideas que habían de constituir la disertación. A cada palabra sentía presentarse la siguiente; pero sin atropellarse, con la calma de la verdadera inspiración que afluye al espíritu y no se precipita. La elocuencia muda de sus horas de silencio y soledad, salía por primera vez á su boca, sorprendiéndole á él mismo, que se oía con tanto gozo como podía oírle el público. Aquellas páginas no escritas, aquellas oraciones no emitidas por voz humana, salían á sus labios con tanta facilidad que parecían aprendidas de memoria desde largo tiempo. Sin darse cuenta de ello, dejó de ser retórico aquella vez. Su instinto de orador se alejó de aquel peligro, y expresándose á veces con demasiada sencillez, no ocurrió tampoco en el desaliño ni la vulgaridad. La espontánea brillantez de sus medios oratorios, la profunda entonación de verdad y sentimiento que daba á sus afirmaciones, la habilidad con que sabía explotar la pasión y la fantasía del auditorio, le ayudaron en aquella empresa, en la cual su ingenio apareció en altísimo lugar, grande, espontáneo, robusto de ideas y formas, como realmente era.

«¿Cómo queréis que haya libertad—decía,—si unos cuantos se erigen en sacerdotes exclusivos de ella, cuando ese gran sacerdocio á todos nos corresponde y no es patrimonio de ninguna clase? Pasó el monopolio de la riqueza, de la ilustración, del predominio y de la influencia. ¿Hemos de consentir ahora el monopolio de las ideas?

(Grandes aplausos.) Por este camino vamos á tener aquí una cosa parecida á las castas del Oriente. (Risas.) Entre los millones de ciudadanos que pertenecen á la sagrada comunión del liberalismo, vemos surgir una casta privilegiada, que se cree única conservadora del orden, única cumplidora de las leyes, única apta para dirigir la opinión. ¿Hemos de consentir esto? ¿Hemos de ser siempre esclavos? ¿Esclavos ayer del despotismo de uno, esclavos hoy del orgullo de ciento? Mil veces peor es este absolutismo que el que hemos sacudido. Prefiero ver al tirano desenmascarado y franco, mostrando su torva, sanguinaria faz de demonio; prefiero la insolencia desnuda de un bárbaro abominable, abortado por el infierno, á la hipócrita crueldad, al despotismo encubierto y disfrazado de estos hombres que nos mandan y nos dirigen escudados con el nombre de liberales, haciendo leyes á su antojo, para después obligarnos con el respeto á la ley; seduciéndonos con el nombre de libertad para después ametrallarnos en nombre del orden; llamándose representantes de todos nosotros para después insultarnos en las Cortes llamándonos bandidos. (Aplausos.) No puede durar mucho tiempo el imperio de la injusticia. Felizmente aún no han puesto mordazas en todas nuestras bocas; aún no han atado todas nuestras manos; aún podemos alzar un brazo para señalarles; aún tenemos aliento en nuestros pechos para poder decir: «ese.» Están entre nosotros, les conocemos. Esta gran revolución no ha llegado á su augusto apogeo, no ha llegado al punto supremo de justicia: ha sido hasta ahora un paso tan solo, el primer paso. ¿Nos detendremos con timidez asustados de nuestra propia obra? No: estamos en un intermedio horrible: la mitad de este camino de abrojos es el mayor de los peligros. Detenerse en esta mitad es caer, es peor que volver atrás, es peor que no haber empezado. Hay que optar entre los dos extremos: ó seguir adelante, ó maldecir la hora en que hemos nacido.» (Grandes y estrépitosos aplausos.)

Lázaro notó, mientras pronunciaba estos párrafos, que entre las mil figuras del auditorio, y allá en lo obscuro de un rincón, había una cara en cuyos ojos brillaban el entusiasmo y la ansiedad. Las manos flacas y huesosas de aquel personaje aplaudían, resonando como dos piedras cóncavas. Le miraba sin cesar mientras hablaba, y á no encontrarse el orador muy poseído de su asunto y muy fuerte en su posición respecto al auditorio, se hubiera turbado sin remedio, dando al traste con el discurso. La persona que así le miraba y le aplaudía era su tío. Aquello

era incomprensible, y el joven hubiera pensado mucho en semejante cosa, si las cariñosas y ardientes manifestaciones de que fué objeto no le distrajeran mucho tiempo después de concluido su discurso.

Otro habló después de él, y al fin, después de tantos discursos, el público empezó á destilar. Alfonso y Cabanillas se fueron á la calle, llevados por los grandes grupos en que se descompuso aquella masa de gente. Agitada fué aquella noche en todo Madrid, y es positivo que la autoridad, ordinariamente bastante descuidada y débil, tomó algunas precauciones. En la *Fontana* quedaban á la madrugada el Doctrino, Pinilla, Lobo, Lázaro y otros.

«Bien lo ha hecho usted! —le decía el Doctrino á Lázaro.—Yo me lo esperaba. Esta noche nuestro partido adquiere con la palabra de usted una fuerza terrible. Don Elias, puede usted estar orgulloso de su sobrino.

—Si que lo estoy —dijo Coletilla sonriéndose como acostumbra hacerlo los chacales y las zorras, á quienes ha puesto la Naturaleza una contracción diabólica en el rostro.—Si que lo estoy: no creí yo que fuera este chico tan listo, que, á saberlo, ya hubiera yo hecho lo posible para que...»

Lázaro comenzó á ver obscuro en aquella intrusión de su tío en las sesiones de los exaltados. Cruzó por su imaginación una sospecha horrible. Cuando se marchó á la casa iba recordando la acusación que en la noche de su expulsión le habían dirigido en aquel mismo sitio; recordó el diálogo que con su tío había tenido en la cárcel; recordó todas sus palabras, expresión del más ciego fanatismo; y cuanto más meditaba y recordaba, menos podía explicarse que su tío permitiera el ser llamado *gran liberal*. Aunque algunas sospechas vagas le atormentaron, no vió el gran abismo en todo su horror y profundidad; no presagió el movimiento á que había dado impulso con su palabra, ni comprendió el ardid tenebroso, la colisión sangrienta que de las cabezas aturdidas de la *Fontana* y de las voluntades agitadas de algunos jóvenes, hacía su arma más terrible.

Pero al llegar á la casa esperaba á Lázaro una sorpresa que había de hacerle olvidar su discurso, á su tío y á la *Fontana*. Al entrar, ya cercano el día, encontró á doña Paz muy alborotada, á Salomé rondando la casa con luz, y á las dos tan coléricas y destempladas, que no pudo menos de reír á pesar del estado de su espíritu.

«¡Gracias á Dios que viene usted! Estamos solas,—le dijo temblando la más vieja.

—¿Qué hay, señoras?

—Tememos que alguien se entre por esos tejados.

—¿Cómo, quien se va á atrever?

—¿No sabe usted lo que ha pasado, caballero?—dijo Paz.—Esa Clarita... ¡Que horror, qué perversión!...

—¿Para cuándo es el patíbulo?—exclamó Salomé.—¡Un hombre, un hombre ha entrado aquí por esa niña, un seductor! ¡Y nosotras tan ciegas que la recogimos!

—¡Ay, mi Dios! ¡qué horrible atentado!

—¿Y cuándo entró ese hombre?—preguntó, comprendiendo que habían descubierto la entrada de Bozmediano.

—El domingo, aquella tarde que estuvimos en la procesión.

—Y ella, ¿dónde está?—preguntó el joven, creyendo que había llegado el momento de aclarar aquel asunto.

—¿Qué horror! ¿Y usted pregunta dónde está? ¡La hemos arrojado, la hemos echado!—dijo Paz, con expresión de venganza satisfecha.—¿Habíamos de consentir aquí semejante monstruo?

—¿Qué degradación! ¡Y en esta casa!—exclamó Salomé, poniéndose ambas manos sobre la cara.—Señor, ¿qué expiación es ésta? ¿Qué pecado hemos cometido?

—¿Y dónde está?

—¿Que dónde está? ¿Qué sé yo? La hemos arrojado.

—¿Pero dónde ha ido?

—¿Qué sé yo? Vaya á la calle, que es donde siempre ha debido estar. ¡Oh! Ella se habrá ido muy contenta por ahí.

—Si esa gente ha nacido por la calle—dijo Salomé, con un gesto de repugnancia.—¡Qué ignominia!

—¿Pero ustedes la han arrojado así...? ¿Dónde ha de ir la pobrecilla?—preguntó Lázaro, que, á pesar de su agravio, no podía ver con calma que se injuriara y se maltratara de aquel modo á un ser desvalido.

—¿Qué sé yo dónde ha ido? ¡Al infierno!—dijo María de la Paz riendo.

—Señor, ¿es posible que haya tanta infamia en el mundo? ¡Oh! Las ideas del día...—murmuró Salomé, alzando las manos al cielo en actitud declamatoria.»

Antes de decir lo que hizo Lázaro al encontrarse con tan estúpida novedad, contemos lo que pasó aquella noche en la vivienda de las tres damas. Coletilla había salido diciendo que no volvería hasta dentro de tres días, por tener que ocuparse fuera de cierto asunto; y ellas estaban comentando esta rara determinación, cuando aconteció un suceso que dió por resultado la expulsión definitiva de la huérfana.